

Recibido: 14 de mayo de 2010.

Aceptado: 30 de junio de 2010.

ESPACIO HISTÓRICO-GEOGRÁFICO  
EN EL *TESORO DE LA LENGUA CASTELLANA O ESPAÑOLA*  
DE COVARRUBIAS

MARÍA DEL MAR ALGORA WESOLOWSKI  
Universidad de Parma

**Resumen**

En este artículo analizaremos el concepto del espacio histórico-geográfico que Covarrubias traza en su obra el *Tesoro de la lengua castellana o Española*, ajustándose a los conocimientos de su época, a través de los numerosos topónimos registrados con entrada propia o bien en comentarios de otros artículos.

*Palabras clave:* Lexicografía, *Tesoro*, espacio, topónimos.

**Abstract**

This essay examines the concept of historical and geographical space in Covarrubias' *Tesoro de la lengua castellana o Española*. In the light of the geographical knowledge of the lexicographer's period, the essay analyzes relevant examples of the numerous entries dedicated to specific toponyms, as well as spatial references found in other entries.

*Keywords:* Lexicography, *Tesoro*, space, toponyms.

Como declarado expresamente en la dedicatoria al monarca Felipe III en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, publicado en 1611<sup>1</sup>, el objetivo que Covarrubias persigue al escribir el que constituye, en palabras de Lope

---

<sup>1</sup> No hay datos precisos sobre la fecha de la redacción del *Tesoro* pero, como afirma Julio Calvo Pérez, tras un análisis de las referencias que aparecen en el diccionario, Covarrubias lo debió iniciar en Cuenca, en la primavera de 1605, debió proseguirlo en la ciudad de Valencia y terminarlo en Cuenca en la primavera de 1610 (cf. *Sebastián de Covarrubias o la fresca instalación de las palabras*, Cuenca, Diputación Provincial de Cuenca, 1991, págs. 128-130). Sin embargo, para Martín de Riquer la obra se escribió entre 1606 y 1610, es decir, un año después (*Prólogo a S. de Covarrubias. Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Barcelona, Ed. Alta Fulla, 1998, pág. VIII).

Blanch, «el primer diccionario etimológico general de la lengua castellana digno de tal nombre»<sup>2</sup>, es el de investigar las etimologías. Y así lo repite constantemente en diferentes lugares de la obra:

no me detendré en estender esta materia, sino acudir a mi instituto, que es investigar las etimologías de los vocablos (s.v. *bruxa*, pág. 238)<sup>3</sup>,

aviendo de cumplir con mi instituto de dar las etymologías de los vocablos para acudir a sus fuentes, sería más que turbar el agua, porque la perdería (s.v. *cielo*, pág. 415).

A la etimología de los vocablos añade, sin embargo, una abundante información de carácter extralingüístico: frases, dichos populares, refranes, referencias a curiosidades y costumbres de su época, datos históricos, topónimos, etc. que, como bien se sabe, caracteriza a este diccionario y que, en realidad, nos permite hablar como observa Martín de Riquer de una obra enciclopédica:

Covarrubias muy a menudo da la impresión de redactar lo que moderadamente se llama una enciclopedia, y las «cositas» que acompañan toman a veces proporciones desorbitadas<sup>4</sup>.

Si nos detenemos en analizar la información de tipo geográfico que encontramos en el *Tesoro*, observamos un gran número de topónimos que pueden aparecer con entrada o voz propia o bien en los comentarios de otros artículos, y que evidencian la importancia que adquiere el espacio histórico-geográfico en esta obra. Se trata, lógicamente, de un espacio que se ajusta a los conocimientos geográficos de aquél entonces y que se funda, a menudo, también en autoridades clásicas.

En efecto, Covarrubias nos remite a algunas de las más importantes en el campo de la cartografía: a través de Herodoto y Estrabón nos da a conocer, por ejemplo, la representación del *orbis terrarum* en el mundo antiguo; numerosas son también las citas de Plinio y las referencias a Ptolomeo y no faltan, naturalmente, los reenvíos a los contemporáneos Juan López de Velasco, P. José Acosta, Padre Mariana, Padre Pineda, López de Gómara y, sobre todo, a Abraham Ortelius<sup>5</sup>, que aparece citado innumerables veces.

<sup>2</sup> Juan M. Lope Blanch, *Estudios de historia lingüística hispánica*, Madrid, Arcos/Libros, 1990, pág. 155.

<sup>3</sup> Todas las citas del *Tesoro* que desde ahora aparecen, se refieren a la edición impresa en Madrid por la editorial Turner en 1977.

<sup>4</sup> *Prólogo a S. de Covarrubias...*, pág. VIII. Véanse las entradas *elefante* (págs. 494-502), *águila* (págs. 54-57), *cuerno* (págs. 378-382), *gallo* (págs. 623-625) por mencionar algunos ejemplos.

<sup>5</sup> Autor del primer atlas moderno del mundo, con su *Theatrum* Ortelius se proponía dar a conocer la geografía para interpretar mejor los acontecimientos históricos. Para más datos,

Es curioso que, a pesar de que este insigne cartógrafo holandés en su *Theatrum Orbis Terrarum* (1570) dividiera ya la tierra en cuatro continentes (África, Europa, Asia y América), en las entradas del *Tesoro* encontremos sólo dos de ellos, es decir, África y Europa y que además ambas se definen escuetamente como «una de las tres partes en que los antiguos dividieron el Orbe» (pág. 574). A Asia y América Covarrubias se refiere sólo al definir India, a la que dedica una voz aunque no es continente.

Estos dos últimos continentes, sin embargo, aparecen registrados en el *Suplemento al Tesoro de la Lengua Española Castellana*<sup>6</sup>, obra que Covarrubias inicia a escribir tan sólo un año después de la fecha de publicación del *Tesoro* y donde además de aclarar unas entradas incluye voces nuevas.

Otros topónimos cuya ausencia nos llama la atención son Egipto, que igualmente incorpora en el *Suplemento*, y Portugal, que en cambio no aparece ya que nuestro Licenciado murió antes de terminarlo, llegando sólo a la letra M.

Por otra parte, los críticos que estudiaron la obra de Covarrubias destacaron ya lo arbitrario de su selección del léxico<sup>7</sup> y el empleo de un método poco exhaustivo para la inclusión de voces; arbitrariedad que podría justificarse por una falta de tiempo para completar la obra<sup>8</sup>.

Si pasamos ahora a examinar estas voces destacamos enseguida que la de *África* es breve (7 líneas) y que la definición ya mencionada anteriormente la completan sus límites «de la Asia con el río Nilo, de la Europa con el mar Mediterráneo» (pág. 47)<sup>9</sup> sin añadir más datos.

---

véase Norman J.W. Thrower, *Mapas y civilización. Historia de la cartografía en su contexto cultural y social*, trad. de Francesc Nadal, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002, págs. 87-95.

<sup>6</sup> Aunque nuestro trabajo se centra en el *Tesoro*, dada la estrecha relación entre las dos obras y para poder entender mejor a nuestro lexicógrafo, en algunos casos es inevitable consultar también el *Suplemento*. Su publicación en facsímil, cf. *Suplemento al Tesoro de la Lengua Española Castellana* de Georgina Dopico y Jacques Lezra, Madrid, ediciones Polifemo, 2001, ha facilitado su consulta.

<sup>7</sup> Es significativa la opinión expresada por Dolores Azorín «No hay que esperar encontrar en el *Tesoro* ningún planteamiento *a priori* que justifique la selección del léxico; esto es, un plan con arreglo al cual se elabore la macroestructura como conjunto estructurado y coherente» (Dolores Azorín, *Los diccionarios del español en su perspectiva histórica*, Alicante, Universidad de Alicante, 2000, pág. 121).

<sup>8</sup> Este temor a no poder concluirla se manifiesta ya en una de las primeras letras del *Tesoro*: «Mas porque no ay seguridad de poder acabar esta obra lo enxeriré aquí, y si Dios me diere vida para cumplir con este assumpto...» (s.v. *bada*, pág. 181) y es por este motivo que a partir de la letra C abrevia la extensión de las voces. Véase al respecto el detallado análisis estadístico de Julio Calvo, *Sebastián...*, págs. 103-107.

<sup>9</sup> Como sabemos en la antigüedad greco-romana, las tres partes del Orbe quedaban delimitadas entre Europa y Asia por el mar Negro y el río Don, por el río Nilo y el mar Rojo entre Asia y África, y entre Europa y África por el Mediterráneo. Durante la Edad Media se

No obstante, las alusiones a África en otras entradas son numerosas: aparece citada al localizar distintas poblaciones, como veremos más abajo; y se menciona en las definiciones de animales o alimentos al indicar su procedencia:

*Basilisco*: Críase en los desiertos de África, tiene en la cabeçeza cierta crecilla con tres puntas en forma de diadema y algunas manchas blancas sembradas por el cuerpo; no es mayor de un palmo (pág. 198),

*Granada*: Los antiguos la llamaron *malum punicum*, por averse traydo de África, cerca de Cartago, a otras partes (pág. 656);

o en los comentarios sobre creencias populares:

*Aojar*: [...] en África hubo una gente que destruía las cosas, con sólo mirarlas, secando los árboles y matando animales (pág. 128);

o en otras dedicadas a santos (s.v. *Epifanio*, pág. 527), a instrumentos musicales (s.v. *laud*, pág. 754), a costumbres (s.v. *ieso*, pág. 729) o a acontecimientos históricos (s.v. *calderón*, pág. 268).

Desde el punto de vista geográfico, las voces del continente africano que registra, se limitan sobre todo a los puntos de la costa occidental y oriental, poco se conocía entonces de su interior. Asimismo, es bastante evidente que Covarrubias distingue entre un África negra, influenciada por el cristianismo (*Etiopía* y *Guinea*) y un África blanca musulmana (*Bugía*, *Goleta*, *Argel*, *Fez*, *Geloes*, *Túnez* y *Tánger*).

Por lo que respecta a la entrada *Etiopía* en las 19 líneas a ella dedicadas no se ofrece su localización geográfica sino más bien su etimología y su historia recordando que formó parte del imperio romano. Es, en cambio, en las alusiones indirectas a este país donde se habla, como ya dicho, de esa África negra y cristiana. Si, en efecto, encontramos escasas referencias al aspecto religioso de sus habitantes, como cuando habla del Preste Juan<sup>10</sup>, muchas más numerosas son, por supuesto, las referencias a la raza, por ejemplo, en la entrada *Coco* especifica «que reyno en la Etiopía, tierra de negros» (pág. 330) y en *Girofe* comenta que es «cierta provincia de los negros» (pág. 642). Pero como aparece evidente en el lema *Negro* el concepto que el Licenciado tiene de éstos no es muy positivo: «Negro el etiope de color negra. Es color infausto y triste [...] Proverbio: “aunqne negros, gente somos”» (pág. 826).

---

mantuvieron las mismas demarcaciones que, por lo que vemos, llegaron hasta la época de nuestro autor, aunque ya existieran en dicho período mapas *cuatripartito*.

<sup>10</sup> El mito de Preste Juan toma de nuevo fuerza a partir del siglo XIV. Véase la obra de Michel Mollat, *Los exploradores del siglo XIII al XVI*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, págs. 35-39.

No sorprende, por tanto, que Covarrubias al hablar de estos pueblos aluda a su bajo nivel social y cultural, negándoles en algunos casos incluso el uso del lenguaje. A este propósito bajo el lema *Trogloditas* afirma:

Ciertos pueblos de Etyopia, baxo Egipto [...]; es gente muy bárbara, susténtanse de carne de serpientes, viven en cuevas, no tienen lenguaje ni voz, sino tan sólo un chillido; y por esta razón no pueden ser tratados ni comunicados de otras gentes (pág. 979).

De esta manera pone de manifiesto los prejuicios que en su época marcaban una distinción entre pueblos civilizados y pueblos salvajes, bárbaros. Aunque no faltan entradas en las que exalta la belleza de su madera «el perfectísimo es el que nace en la Etiopía, negro, liso y sin venas» (s.v. *Ebano*, pág. 492).

Pocas líneas, en cambio, dedica a Guinea<sup>11</sup> que incluye en el África negra y cuyos habitantes identifica con los de Etiopía «la tierra de los negros o etíopes, en África». Destaca, además, el hecho de que en esta zona «contratan los portugueses» (pág. 670); es sabido que uno de los objetivos de sus viajes de descubrimiento y exploración fue el comercio no sólo de oro y especias sino también de hombres. A la existencia de este tráfico<sup>12</sup> en dicha tierra alude la voz *esclavo*: «Algunos quieren se ayan dicho esclavos aquellos que los esclavones vendían a los comarcanos por el derecho antiguo que tenían los padres de vender los hijos, y algunas naciones lo han hecho y oy dizen que en tierra de Guinea se usa» (pág. 536).

Covarrubias se nos descubre igualmente poco interesado en el África blanca musulmana. Al hablar de Bugía o Goleta se limita a indicar genéricamente que son un «pueblo de África» (pág. 243) y «una isla, no lejos de Túnez» (pág. 645).

En cuanto a las ciudades *Fez*, *Gelves*, *Túnez* y *Argel* les dedica una extensión variada de 5, 18, 6 y 22 líneas respectivamente. Tras su localización geográfica ofrece unos escasos datos históricos: la fecha de la fundación de *Fez* «fué fundada por Idris, el segundo rey de la Tingitania en el año de setecientos y noventa y tres»<sup>13</sup> (pág. 590); el cerco que puso el conde Pedro Navarro, sin mucho éxito, a *Gelves* «isla del mar Mediterráneo, en la costa de África» (pág. 635) debido a la aridez de dicha tierra; la conquista de *Túnez*

<sup>11</sup> Cabe recordar que en esa época, los europeos llaman Guinea a la totalidad de las costas del golfo de Guinea, incluidas las del Congo y las de Angola.

<sup>12</sup> Que duraría hasta principios de s. XIX, siguiendo una ruta triangular: se partía de Europa con la mercancía de intercambio, se canjeaba en África por esclavos y se llevaban a América trocándolos por azúcar, café u otras materias primas.

<sup>13</sup> Fecha no exacta, nos resulta como año de fundación el 788.

por parte del «emperador Carlos Quinto, año 1535 [...], y echó de ella a Barbaroja, y la restituyó a su rey» (pág. 983); por último, el acoso que sufre España, sobre todo la parte meridional del país, por parte de los cosarios de *Argel* «ciudad marítima de África, asaz conocida por el daño que de sus cosarios recibe toda la costa de España» (pág. 144), problema éste que siguió durante el tiempo de Covarrubias.

La entrada *India* es un poco más extensa que las de África y Europa, ocupando 14 líneas. Se define como una región oriental y se aclara que hay Indias Orientales y Occidentales. A parte de la etimología, aparecen datos históricos que nos acercan a la época del autor y que sirven para subrayar la potencia del imperio español y de su rey:

de la mayor parte de ambas [Indias] y de lo descubierto dellas es señor la magestad del rey Filipo Tercero, que Dios guarde, señor nuestro (pág. 734),

asimismo, aluden indirectamente y sin más explicaciones a los descubrimientos recientes y a sus fuentes:

Oy día se tiene más noticia de las Indias que en los tiempos antiguos. Ay libros escritos del descubrimiento dellas y corónicas; y assí no tengo que detenerme en esto;

termina Covarrubias con dos palabras derivadas, *indio* e *indiano*, esta última muy significativa ya que nos evidencia la importancia del comercio entre el Viejo y el Nuevo Mundo, una tierra todavía poco conocida de donde se trae oro y plata: «el que ha ido a las Indias, que de ordinario éstos buelven ricos» (pág. 734).

Entre las Indias Orientales y las Occidentales son mucho más numerosas las entradas correspondientes a regiones, provincias y ciudades de las primeras. De cualquier modo, su descripción se limita a su colocación geográfica: *Anatolia* «cierta parte de Asia la Menor» (pág. 117), *Arabia* «región entre Judea y Egipto» (pág. 136), *Galacia* «región de Asia la menor» (pág. 620), *Galilea* «región de Palestina y parte de Siria» (pág. 622), *Iberia* «región de Asia» (pág. 725), *Mesopotamia* «región de Asia la mayor, entre el río Eufrates y el río Tigris» (pág. 802), *Siria* «región de Assia» (pág. 941) y *Troia* «región de Assia la menor» (pág. 979). Estos datos se completan en unos casos con la etimología y en otros con referencias bíblicas.

Sin embargo, entre las varias entradas sorprende la ausencia de Egipto (se trata de un olvido del autor ya que la registra, como hemos visto, en el *Suplemento*<sup>14</sup>) puesto que es una de las regiones más presente en los comen-

<sup>14</sup> «Es una parte de Asia la menor dividida en dos. A la una llamaron Delta por la forma triangular que tiene y a la otra dixeron Aegypto inferior» (pág. 208).

tarios de otras voces y los referentes a ella son innumerables: aparece citada en nombres de ríos: *Nilo* «famosísimo que atraviesa por Egipto» (pág. 829); de animales para indicar su origen, *pelicano*: «nace en Egipto» (pág. 859) o *cocodrilo* «significa a Egipto, por ser peculiar bestia de aquella provincia» (pág. 330); de materiales: *junco* «antiguamente se devían traer a Roma de Egipto» (pág. 722), *hoja* «escribían [...] en ciertas telillas del árbol dicho papiro, que nace en Egipto» (pág. 693) y *papel*, donde repite prácticamente lo dicho en la voz anterior «se dixo *papyrus*, cierto árbol que nace en Egipto, de cuyas telas [...] se aprovechaban para escribir» (pág. 851). Se encuentra, también, en el comentario de entradas de referencias bíblicas: *pascua* «por el tránsito que hizo el ángel percuciente en Egipto» (pág. 855) y *éxodo* «nombre del segundo libro del Pentateuco dicho así por tratar de la salida de Egipto de los hijos de Israel» (pág. 576); en vocablos que describen sus monumentos: *pirámides* «estas se edificavan en Egipto, y eran sepulcros de los reyes» (pág. 872), etcétera.

Lógicamente, las alusiones indirectas a todas estas regiones de las Indias Orientales, igual que sucede con otros topónimos, se registran también en otras voces, por ejemplo, para indicar el lugar de nacimiento de algún personaje famoso, sirva de muestra la entrada *Mahoma* en la que Covarrubias afirma que «nació en Arabia, en el lugar llamado Zatrarip, que está cerca de la Meca» (pág. 780).

De igual modo, bajo la voz *Constantinopla* «ciudad nobilísima en la Thracia», al informarnos sobre su historia pasada y presente interviene con opiniones personales negativas, en este caso, sobre el imperio otomano: «[...] del Imperio injusto del gran Turco, por pecados nuestros» (pág. 350) y aún más explícito es en la entrada *turco*:

Esta nación es más conocida de lo que avíamos menester, por aver venido a señorear tan gran parte del orbe; gente baxa y de malas costumbres, que vivían de robar y maltratar a los demás (pág. 983).

Distinto y más extenso (40 líneas) es el enfoque de la entrada *Babilonia* «ciudad famosísima», especifica su localización «tuvo su asiento orillas del río Eufrates» (pág. 177) y ofrece unos datos históricos sobre su fundación y sobre su período de mayor esplendor tras su reconstrucción (siglo IX a.C.) «por Nino o por Semíramis» especificando que a ellos «se atribuye la famosa cerca que hizo de ladrillo», y que es considerada una de las siete maravillas del mundo. Termina la entrada con un modismo: «es una Babilonia», que se utiliza para referirse a un lugar con mucha población y confusión en donde reina el vicio y los pecados de los que pone en guardia el profeta Jeremías.

La tercera y última ciudad de la India oriental<sup>15</sup> en que nos parece oportuno detenernos es Jerusalén. Este topónimo figura en el *Tesoro* con dos grafías diferentes *Hierosolima/Jerusalem* pero con contenido casi idéntico en la entrada del gentilicio *Hierosolimitan* y en *Jerusalem*<sup>16</sup>. En cuanto a las alusiones a esta ciudad, resulta interesante ver que varias de ellas se refieren al período de las cruzadas y precisamente a las peregrinaciones a Tierra Santa: los *Templarios*: «son cavalleros antiguos religiosos que guardavan el passo, desde el puerto de Jafa hasta la ciudad de Jerusalén, porque los moros no robassen ni maltratassen los christianos que iban en romería» (pág. 957) y *Espital* es el «lugar pío donde se reciben a los peregrinos pobres. [...] Este modo de hospitalidad introduxo Hircano en la ciudad de Jerusalem» (pág. 557); pero no faltan las referencias históricas a su destrucción como en la voz *Talmud*, en la que nuestro canónigo Covarrubias condena decididamente las prescripciones y ritos de los hebreos: «libro perverso y ridículo, que los judíos, después de la dispersión suya, en la destrucción de Jerusalén, han compuesto todo fabuloso y desatinado» (pág. 952).

De China y Filipinas, los países de la India Oriental menos conocidos, proporciona poca información (7 y 3 líneas respectivamente), pero sí resulta evidente que lo que más le interesa de ambas es señalar el momento de su descubrimiento, que por haber ocurrido en su misma época, le ofrece la oportunidad de alabar indirectamente a su soberano: «[Filipinas] islas de la India, descubiertas y señoreadas por Filipo II» (pág. 595); «[China] la provincia que de pocos años acá se ha descubierto en las Indias» (pág. 435).

Al hablar de China deja claros los motivos que atraían a los viajeros hacia Oriente<sup>17</sup>, por una parte, el comercio, pues afirma que es una tierra de tanta riqueza y con la que se comercializaban productos como, porcelana, pimienta y jengibre:

[*porcelana*] «tráese de la China, y dizen que su materia, de la qual se hazen, dura en sazonzarse y disponerse por gran tiempo» (pág. 877),

[*pimienta*] «especie aromática, que se trae de la India Oriental» (pág. 871),

<sup>15</sup> Hemos citado sólo tres de las ciudades que se registran en el *Tesoro* pero lógicamente no son las únicas. Véanse: *Cayro* (pág. 263), *Damasco* (pág. 442), etcétera.

<sup>16</sup> Esto nos remite a la falta de criterio —antes anotada— de nuestro lexicógrafo al redactar el *Tesoro*. Son muchas las entradas repetidas con el mismo contenido, sirva de ejemplo *clavo/esclavo*. En cuanto a las múltiples grafías de una misma palabra y a las vacilaciones ortográficas es inútil decir que son más numerosas.

<sup>17</sup> Los portugueses son los primeros europeos en llegar hasta China y sus contactos inician en 1511. En 1580, con la anexión de Portugal a España el comercio oriental pasó a manos de Felipe II (para más noticias, véase *Historia del mundo...*, dirigida por J. Regla, tomo II, págs. 407-423).



[*jengibre*] «especie aromática muy picante [...] deve ser traducido acá con esta rayz de la India» (pág. 636);

por otro lado, la evangelización, que gracias a las obras de los misioneros se deben también las primeras noticias sobre esas tierras: «Ay historia propia y relaciones particulares embiadas pos los padres de la Compañía de Jesús, que en aquella tierra han hecho gran fruto espiritual, con su doctrina y exemplo» (pág. 435).

Si pasamos ahora a considerar el mundo de las Indias Occidentales vemos que a pesar de que hubieran transcurrido más de cien años desde el descubrimiento de América, la denominación de este nuevo continente en el *Tesoro* es todavía confusa. En efecto, como recuerda Francisco Morales, en los mapas del siglo XVI<sup>18</sup> los nombres dados por los cosmógrafos a América son muy variados: no sólo *Indias Occidentales* sino también *Nuevo Mundo*, *Novus Orbis*, *Santa Cruz*, etc. Sin embargo, hay algunos autores que utilizan la palabra América, como Fernández de Enciso en su *Tratado de Geografía*, José Acosta en su *Historia Natural*, obra consultada por nuestro autor<sup>19</sup>, aunque en realidad hasta el siglo XVIII no fue aceptada completamente por los españoles<sup>20</sup>.

De hecho, Covarrubias también ofrece en su obra dos diferentes topónimos: Indias Occidentales (bajo la entrada *India*) y *América* que menciona sólo en el *Suplemento*, donde aparece como ese otro mundo, la cuarta parte del orbe, desconocido para los antiguos.

Los vocablos que nuestro lexicógrafo registra en el *Tesoro* con relación al Nuevo Mundo son, como ha destacado Lope Blanch en su estudio sobre los indoamericanismos<sup>21</sup>, sólo 23<sup>22</sup>. Los topónimos con entrada propia son seis: *Cuzco*, *Honduras*, *Lima*, *Araucana*, *México* y *Perú*, a los que se añaden otros tres: *Santo Domingo*, *Mechoacán* y *Nueva Granada* que se mencionan en cambio en otras voces (respectivamente s.v. *canoa*, *mechoacán* y *esmeralda*). Los cuatro primeros los define escuetamente como «provincias de las Indias Occidentales», en contraste dedica más atención a *Perú* y *México*.

Hablando de *Perú*, «provincia famosísima en la India Occidental» (pág. 866), revela que su Conquista fue obra de españoles: «conquistada y

<sup>18</sup> El topónimo *América* aparece por primera vez en el mapa de Waldseemüller en 1507 (Francisco Morales Padrón, *Historia...*, pág. 196).

<sup>19</sup> Como se puede ver en la voz *Perú*.

<sup>20</sup> Francisco Morales Padrón, *Historia...*, págs. 196-197.

<sup>21</sup> Juan M. Lope Blanch, *Estudios...*, págs. 153-174.

<sup>22</sup> *Acal*, *Araucana*, *cacique*, *caimán*, *canoa*, *coca*, *Cuzco*, *hamaca*, *huracán*, *inga*, *maíz*, *mechoacán*, *mexicano*, *México*, *mico*, *Motezuma*, *nopal*, *Perú*, *perulero*, *pita*, *Tenochtitlan*, *tiburón* y *tuna*. Algunas de ellas sin entrada propia y sin una referencia expresa a las Indias (*ibidem*, pág. 161).

señoreada de los Católicos Reyes de España» y descubre los motivos comerciales y religiosos de esta empresa: «de donde se han traído tantos millones de oro y plata y en cambio desto se les ha comunicado la santa Fe Católica, tan asentada en aquellas partes». Sobre su etimología, Covarrubias propone diferentes hipótesis entre ellas la propuesta por el padre Acosta, aunque poco creíble, evidencia, de todas maneras, la poca comunicación que hubo al principio entre españoles e indios:

llegando los españoles a aquella provincia toparon a un indio y, preguntándole qué tierra era aquella, respondió Berú Pelú, que ni él supo lo que le preguntaron ni ellos entendieron lo que les respondió. Pero de aquí conjeturaron que se llamava Perú (pág. 866).

En cambio, grande es la precisión que nuestro autor demuestra al ofrecer la etimología de *México* que define además como «ciudad populosísima en la Nueva España y real»:

El propio nombre suyo fué Tenuch titlam, compuesto de *nuchth*, que vale la fruta de la tuna, y de *tell*, que es piedra, porque quando se començo a poblar México fué cerca de una piedra que estava dentro de la laguna, de la qual nació un nopal o tuna muy grande (pág. 803).

Volviendo a los términos vinculados en algún modo al Nuevo Mundo varias son las voces que nos dan noticias en torno a las riquezas y comercio que proporcionaban aquellas tierras: al hablar de la sevillana casa de contratación afirma que allí «concurren todos los negocios del trato de las Indias» (s.v. *contratación*, pág. 353), de *Perulero* que es quien «ha venido rico de las indias, del Perú» (pág. 867) y de los *Gavachos* «buelven a su tierra con muchos dineros y para ellos son buenas Indias los reynos de España» (pág. 634) o, análogamente, ser próspero corresponde a «venir próspero de las Indias, venir rico» (s.v. *próspero*, pág. 885).

Hacen referencia a usos y costumbres de los indios entradas como *cota* y *lazo* que se refieren a las armas empleadas en su guerra contra los conquistadores:

quando en la conquista de México pelearon con los indios, especialmente con los de Acayucalt, que trayan unos sacos con mangas hasta los pies de algodón torcido [...] y peleavan a pie quedo [...]; y destas mesmas cotas usavan los indios de las Islas de los Reyes (s.v. *cota*, pág. 367),

[lazo] es una arma que usan los indios, con tanta presteza y velocidad que a cinquenta passos arrojan el lazo y traen al que cogen sin que pueda ser socorrido (pág. 755);

igualmente, remiten a costumbres de la vida cotidiana voces como *hamaca*, la «cama de indios» que describe con detalle: «gran manta de algodón o de

tela de ervage, con unos grueso cordeles de las quatro esquinas, los quales atan a dos árboles, o dos argollas, y duermen en ellas en el campo o donde les parece» (pág. 675); *canoas*: «varco hecho ordinariamente de una pieza como artesa, de que usan los indios» y comenta el gran uso que de ellas se hacía en México: «Los nuestros afirman aver en solo México más de cinquenta mil dellas, con que portean gentes y traen bastimentos» (pág. 287).

Tampoco faltan referencias a animales y plantas de esas tierras: *pavo*, *caymán*, *tiburón*, *coco*, *mechoacan*, *tuna* y *pita*. Si del primero nos informa «que por otro nombre se llama gallo de las Indias» (pág. 857), define el segundo como «un pez lagarto que se cría en las rías de Indias, y se come los hombres que van nadando por el agua» (pág. 262). De *tiburón*, en cambio, habla de manera pintoresca:

un pescado grande que sigue las naves que van a Indias y es muy tragón y engulle quanto cae dellas en la mar. Cuenta Gómara, en su Historia, que matando uno déstos le hallaron en el buche un plato de estaño, dos caperuças y siete pernils de tocino y otras cosas (pág. 960);

en cuanto a las plantas, se limita a escuetas definiciones: «[Coco] Tráese también del Perú otra suerte de grana, que nace de ciertas plantas pequeñas, a manera de uvillas salvages» (pág. 330); «[Mechoacan] Una raíz medicinal, que en nuestros tiempos se ha traydo de las Indias» (pág. 795).

En el *Tesoro* un vínculo directo al Nuevo Mundo lo demuestran otros nombres propios y comunes muy variados: *Marañón* «río [...] en el Pirú» (pág. 788), *Motezuma* «nombre de aquel potentísimo rey indio; vale tanto como hombre sañudo y grave», *uracán* «un cierto viento que en la carrera de las Indias suele echar a fondo los navíos» (pág. 987), *cacique* «vale tanto en lengua mexicana, como señor de vasallos» o, por último, *Ingas* como «se llamaron los reyes del Perú» (pág. 737).

Cabe notar, de cualquier modo, la falta de palabras que desde siempre se vinculan a las Indias Occidentales como patata, cacao o topónimos como Chile, Quito, etc., mencionadas por los cronistas pero que Covarrubias no registra en su Diccionario. Para Lope Blanch estas ausencias se deben a que algunas de dichas voces no eran en realidad usuales en España en la época de nuestro autor: «cabe suponer que Covarrubias diera entrada en su *Tesoro* únicamente a las palabras que hubiesen adquirido ya carta de naturaleza en la norma lingüística española»<sup>23</sup>.

El tercer continente más conocido en la época: *Europa* curiosamente aparece poco citado en la definición de otras voces. Lo encontramos en dos

<sup>23</sup> Juan M. Lope Blanch, *Estudios...*, pág. 161.

entradas relacionadas con los gitanos de los que nuestro lexicógrafo nos da una visión absolutamente negativa y nos documenta su llegada:

*Conde de Gitanos*: El capitan y caudillo desta mala canalla, que tienen por oficio hurtar en poblado y robar en el campo. Parecieron en estas partes de Europa cerca del año de mil y quatrocientos y dezisiete (pág. 347).

*Gitanos*: Esta es gente perdida y vagamunda, inquieta, engañadora, embustidora. Parecieron en estas partes de Europa cerca del año de mil y quatrocientos y dezisiete (pág. 642).

Por el contrario, la extraordinaria proliferación de topónimos vinculados a esta área geográfica nos obliga a limitarnos a algunos ejemplos de los más curiosos y significativos.

La entrada *Alemania* (39 líneas) que sin detenerse en datos geográficos o históricos, centra fundamentalmente su atención sobre la etimología sin olvidar menciones al carácter y al aspecto físico diciendo «son gentiles hombres por extremo, de barba y cabello roxo» (pág. 81).

Sin embargo, esta visión positiva no concuerda con los datos proporcionados en otras entradas relacionadas con armas en donde Covarrubias nos habla de la «[...] gente belicosa en Alemania, de donde se truxo esta arma, porque usan ellos della» (s.v. *chuzón*, pág. 439), [*Daga*] «pudo ser que tomase nombre de los dacos, pueblos de Alemania, por usar ellos desta arma» (pág. 442) y «[...] chuçon está corrompido de zuyçón, arma de los zuyços, gente feroz en los confines de Alemania» (s.v. *Zuyça*, pág. 1018).

Asimismo, nuestro canónigo asocia al topónimo Alemania la preocupación por la difusión de las herejías, sobre todo el luteranismo: «En Alemania hubo una secta de hereges, que llamaron los flagelantes; eran grandes vellacos y borrachos, y assí los condenaron por tales» (s.v. *disciplinarse*, pág. 470), pero este peligro no pertenece sólo a Alemania ya que, en la entrada *Flagelantes*, declara como estos herejes «de Italia passaron a Alemania y se estendieron por Francia» (pág. 598).

De *Francia* ofrece Covarrubias una descripción entusiasta: «reyno opulentísimo y abundante de todo, campos fértiles, ciudades mui populosas, mucha nobleza y muy antigua» (pág. 606) ensalzando a sus hombres de letras y ciencias: «ingeniosa en las artes mecánicas y en las liberales, florentísima en letras» aunque resalta también, al igual que los alemanes el ánimo batallador «gente belicosa». No hay que olvidar que bajo el reinado de Carlos V empieza un período de guerras entre España y Francia por el dominio de algunos territorios de Italia y que seguirá durante el reinado de Felipe II.

Como nos comenta nuestro lexicógrafo, en este país también se perfilaba el conflicto religioso ya desde el siglo XIII, especificando que fueron condenados por el Papa Inocencio III y Juan XXII, respectivamente:

ciertos hereges de Francia, dichos assi por fueron naturales de Albis (s.v. *albigenses*, pág. 67),

fueron hereges, cuya cabeça fue un Pedro Juan, y moraron en Francia, en la provincia de Narbona y Tolosa y en otras partes (s.v. *bigardos*, pág. 216),

Otros vocablos nos facilitan datos muy diferentes de sus leyes y sus costumbres, sirvan de muestra:

[*Legítima*] [...] Ley sálica, una ley de Francia, por la qual excluyen a las hembras de la sucesión de aquellos reynos (pág. 758).

[*Cabellera*] Los reyes de Francia acostumbraron traer cabelleras, desde Clodión, hijo de Faramundo, por cuya razón tuvo por sobrenombre el Cabelludo (pág. 253),

y, por último, obsérvese con la ironía y el gran sentido de humor con que Covarrubias, siempre sobre las usanzas, nos da a conocer el castigo que antiguamente recibían los franceses en caso de adulterio:

sacavan en París al cornudo por las calles públicas de la ciudad, cavallero sobre una burra, sentado al revés y llevando en la mano por cabestro la cola de la jumenta, y su muger delante llevándola de diestro. Para los que han perdido la vergüenza, esta no es pena sino publicidad de su ruin trato, para que sean más conocidos y freqüentados; pero si tras esto los embiassen a galeras, no se iría todo en risa (s.v. *cornudo*, pág. 359).

En la entrada *Italia* enumera los diferentes nombres que tuvo este país explicando que ello se pudo deber a la cantidad de provincias contenidas en ella o «por los que las han señoreado», es decir, nos presenta una península italiana dividida por las pasadas rivalidades locales y, sobre todo, por las luchas que, generalizadas en el siglo XV y XVI, la convirtieron en un campo de batalla entre franceses y españoles.

Pero esto no le impide exaltar sus grandes ciudades: Bolonia, Florencia, Génova, Nápoles y Roma. La primera con su famosa universidad y el Colegio español fundado por el cardenal don Gil Carrillo de Albornoz «de donde han salido valentísimos hombres en letras» (pág. 226) y que sirvió de ejemplo para instituir otros parecidos en España<sup>24</sup>. A la segunda

<sup>24</sup> De ello tenemos noticia en la voz *Albornoz*: «Y passando por la dicha ciudad de Bolonia don Diego de Añaya, obispo de Cuenca y después arzobispo de Sevilla, el qual se halló en el Concilio Constanciense, visitando aquel Colegio y movido con su exemplo, edificó en

la describe como «ciudad famosa y principal en la Hetruria» (pág. 602) y de la tercera en el *Tesoro* se limita a decir que «es ciudad antiquísima y nobilissima» (pág. 637) mientras que en el *Suplemento* añade a su etimología una serie de datos importantes, presentándonosla, en primer lugar, como una ciudad viva, donde es fundamental el comercio, no sólo con Europa sino que «negoçian [los genoveses] casi por todo lo poblado del Mundo, ansí de Christianos como de Paganos» (pág. 270) y al describir luego sus magníficos edificios nos deja constancia de su paso por dicha ciudad<sup>25</sup>.

De la cuarta afirma que es «una ciudad muy populosa y reyno en Campania, cerca del mar Mediterráneo, en un sitio muy hermoso» (pág. 824) y que tuvo la ocasión de visitar como nos informa en la voz *Azerola*: «planta muy familiar en todo el reyno de Nápoles, y también en Valencia, que en ambas partes la he visto» (pág. 175).

De la última, *Roma* «ciudad en Italia, reyna de todas las ciudades y cabeça del mundo» (pág. 913) a la que dedica 36 líneas destinadas prácticamente a las hipótesis sobre su etimología. Las alusiones en otras voces son numerosas y ello se debe en gran parte a que Covarrubias pasó una breve estancia en esa ciudad<sup>26</sup> dejando constancia de ello en la voz *Mesa* en la que relata la costumbre de sentar a la mesa a un criado: «Esto vi en Roma en la casa de los señores cardenales» (pág. 80). Inserta también abundantes referencias a esta ciudad, que demuestra conocer bien, en entrada relativas a sus monumentos y calles<sup>27</sup>.

Son también numerosas las referencias a Roma en múltiples voces relacionada con el juego, entre otras cosas porque como nos confirma Covarrubias el juego era como los estudios o el trabajo: «necesario a los hombres que trabajan con el entendimiento para recrearse y poder bolver a tratar con nuevos bríos las cosas veras» (s.v. *juego*, pág. 120). Algunos de los entretenimientos remiten a juegos gladiatorios como en las voces *carro* y *enano*; en otros casos exalta la habilidad de los romanos: «En Roma eran estos maestros los *rude donatos*, que trayan un bastón, como oy le usan nuestros

---

Salamanca el colegio que llaman de San Bartolomé, cerca del año de mil y quatrocientos y veinte; y dende en adelante se fueron edificando todos los demás» (pág. 68).

<sup>25</sup> «Pasando yo por Génova, me preguntó el Embaxador de España delante de algunos cavalleros Ginoveses qué me avía parecido de los edificios de aquella ciudad? Yo le respondí que hacía cuenta aver visto muchos arcos triunfales juntos» (*Suplemento*, pág. 270).

<sup>26</sup> A principios de 1578 va a Roma donde permanecerá hasta septiembre de 1579. Durante su permanencia el Papa Gregorio XIII le otorgó el canonicato de Cuenca (cf. Julio Calvo Pérez, *Sebastián de Covarrubias...*, pág. 23).

<sup>27</sup> Véanse las entradas *Amphiteatro* (pág. 114), *Obelisco* (pág. 833), *Pantheon* (pág. 850), *Coliseo* (pág. 337), *Curso* (pág. 388), *Nagona* (pág. 823), etcétera.

maestros de esgrima» (s.v. *esgrima*, pág. 547). Curioso, asimismo, saber que ya en la antigüedad uno de los pasatiempos eran las peleas de gallo:

Dize Plinio que los de Pérgamo criavan de público gallos, y tenían días de espectáculos de los gallos, como si fueran de gladiadores. El mismo entretenimiento tuvieron en Roma con los gallos, y con las codornices (s.v. *gallo*, pág. 624).

Si bastante variadas y amplias son las consideraciones que acompañan las definiciones de los diferentes países hasta ahora analizados, lógicamente, la visión que Covarrubias traza del espacio geográfico de España es mucho más completo y podría constituir un capítulo aparte. En las entradas relacionadas con este país encontramos un sinnúmero de datos personales<sup>28</sup>: sobre su vida, sus obras, etcétera.

En la entrada *España* (86 líneas) se limita nuestro lexicógrafo en ofrecer la etimología y la historia antigua de la península. Voces autónomas tienen, en cambio, las diferentes ciudades entre las cuales nos limitamos a mencionar las que fueron importantes en su vida: Toledo (su ciudad natal), Cuenca (en la que residió a partir de 1579 y donde murió en 1613), Valencia (su residencia de 1596 a 1600) y Salamanca (en donde llevo a cabo sus estudios). Mientras la entrada de *Toledo* es breve, la de *Valencia* es bastante extensa aunque casi en su totalidad ocupada por una cita del padre Juan de Mariana, la de *Cuenca*, con la misma extensión, nos proporciona una descripción geográfica e histórica con más detalles y, por el contrario, la de *Salamanca*, la más vasta, nos informa también sobre su etimología y su historia.

Al hablar de *Toledo* en algunas voces se refiere también a su familia:

En esto trabajó mucho don Antonio de Covarrubias, del consejo supremo, mastrescuola y canónigo de Toledo, hermano del presidente Covarrubias, mi señor, que de voto de los que posían juzgarlo no fué menos docto que su hermano en los derechos y más universal en todo género de disciplinas (s.v. *fuerojuzgo*, pág. 613);

pero más a menudo nos remite a enfoques urbanos-geográficos, quizás los más abundantes, donde nos describe con gran detalle las villas, aldeas, ríos, puertas y calles:

[*Alcaná*] Es una calle en Toledo muy conocida, toda ella de tiendas de mercería (pág. 72),

<sup>28</sup> Véase al respecto el estudio de Juan Crespo Hidalgo, «La vida y el pensamiento de Covarrubias como parte de la microestructura del manuscrito Suplemento al Tesoro de la lengua española», Madrid, Boletín de la Real Academia Española, tomo LXXII, 1992, págs. 429-444.

[*Alcántara*] En Toledo ay un puente, que llaman la puente de Alcántara, y de las grandes crecientes que hubo, el año de 1258, se cayó, pero el año siguiente se reparó y reedificó, como lo dize un letrado que está a la entrada della, gravado con letra francesa, en lengua castellana (pág. 73)<sup>29</sup>;

y hasta pormenores más inesperados:

[*Piedra*] Niño de la piedra, vale expósito, en el Reyno de Toledo, de una piedra que está en la yglesia mayor, donde vienen a echarlos (pág. 870)<sup>30</sup>.

En cuanto a *Cuenca* aparece también citada varias veces, por ejemplo:

[*Alarcos*] Es una villa en el obispado de Cuenca (pág. 64)<sup>31</sup>;

[*Alholí*] En Cuenca alholí es la casa de la ciudad donde tienen recogido el pan para proveerlas con dar le trigo a deshazer o massar a panaderas (pág. 89).

*Valencia* se relaciona con su gastronomía, incluyendo nombres de pescados<sup>32</sup> que en algunos casos nuestro autor declara haber probado directamente: «[*pagel*] es un pescado conocido en la ribera de Valencia, adonde yo lo he comido muchas veces por ser regalado» (pág. 844.), pero no faltan referencias a algunos pormenores lingüísticos: «Los moriscos de Valencia llaman tozal la cumbre o parte alta de la montaña» (s.v. *Altozano*, pág. 106).

De *Salamanca*, en cambio, nos da una visión de una ciudad poblada, casi exclusivamente, de estudiantes<sup>33</sup>. De ellos describe sus vestimentas: «[*Bernia*] Es una capa larga a modo de manto [...]. Desta usavan oy ha sesenta años en Salamanca los estudiantes pobres y algunas mugeres» (pág. 208); sus costumbres a las bromas de las que, entre otras cosas surgieron unos dichos: «En Salamanca llaman dar matraca burlarse de palabra con los estudiantes

<sup>29</sup> Véanse *Illescas*: «Villa cerca de Toledo» (pág. 731); *Almofala*: «Una de las puertas de Toledo» (pág. 93). Más referencias se encuentran en *Ocaña*, *Alhandaque*, *Alfahar*, *Oropesa*.

<sup>30</sup> Otras referencias en las voces *camisa* (pág. 278), *enechado* (págs. 517-518), *aldiza* (pág. 79), etcétera.

<sup>31</sup> Véanse las entradas *Uña* (pág. 987), *armiño* (pág. 146), *vaca* (pág. 988), *curso* (pág. 388), *Alberca* (pág. 67), *cavallero* (pág. 323).

<sup>32</sup> Otras referencias se hallan en *martina*: «Un pescado a modo de anguila de la mar; abunda dél el abufer de Valencia; es sabroso más que sano»; *salpa*: «Cierta género de pez, el qual suele morir en la costa de Valencia»; *lobarro*: «Pescado de la mar, del qual ay abundancia en Valencia».

<sup>33</sup> Como cuenta Julio Calvo: «Estudió con su tío abuelo Juan de C. en Salamanca [...]. A los 26 años de edad figuraba matriculado en la rama de Teología de la Universidad, según consta en sus archivos. Años después, en 1573, figura como graduado en Cánones y Teología y posteriormente en 1577 como que superó las pruebas y *placita* (“tentativa” a modo de tesis de licenciatura) exigidas para la graduación definitiva en Salamanca» (*Sebastián...*, pág. 23).



nuevos o novatos» (s.v. *Matraca*, pág. 794); y, por último, no podía faltar alguna referencia a la organización y costumbres de la universidad:

[*Claustro*] en Salamanca, el lugar donde se juntan los doctores y maestros de la Universidad, rector y consiliarios y donde se toman los votos para las cátedras y se regulan (pág. 325).

[*Jubilar*] Es absolver a uno del trabajo, en el ministerio que por muchos años ha servido; como se haze en Salamanca y en las demás universidades, quando algún doctor o maestro ha leydo cátedra de propiedad veinte años o más o menos (pág. 719).